

## Sofía Tartilán, el progreso por etapas

MANUELLE PELOILLE  
3L.AM, UNIVERSITÉ D'ANGERS  
manuelle.peloille@univ-angers.fr

### 1. Testiga y protagonista de una doble modernización

1. Si dejamos de lado a Campomanes, quien veía, en su *Discurso sobre el fomento de la industria popular* de 1774, el trabajo de las mujeres como fuente de riqueza y felicidad pública, al menos desde Josefa Amar y Borbón y su *Discurso en defensa del talento de las mujeres* (1786), varias mujeres españolas reivindican el derecho a desarrollar todas sus facultades, y no las estrictamente ligadas a la maternidad y representación social. En su afán modernizador, la Ilustración y las revoluciones francesa y estadounidense abren, escribió Rosa Capel, «una brecha en las bases del ordenamiento estamental vigente y en la generalizada creencia acerca de la inferioridad natural femenina» (Capel, 2008; 102). Pero, prosigue, «No obstante estos precedentes, la sociedad burguesa del siglo XIX se mostró inconsecuente con los principios de igualdad y libertad sobre los que decía fundamentarse» (Capel, 2008; 103). Tal inconsecuencia hace que como Teresa Claramunt o posteriormente Emilia Pardo Bazán, Sofía Tartilán (1829-1888) defienda la potenciación de las capacidades de la mujer con fines sociales, para que una mujer capaz no se considere anomalía, como observamos bajo la pluma de Ramón de Mesonero Romanos en el prólogo a su libro *Costumbres populares*, en el que afirma que la calidad literaria supone que una mujer sea algo más que una mujer:

Sobreponiéndose a su sexo, poseía gran parte de aquellas circunstancias que, a mi entender y según dije antes, son imprescindibles para cultivar este ramo de la literatura con el aplomo y valentía que exige (Mesonero Romanos, in Tartilán, 1880; IX).

2. Desarrolló una intensa labor de periodista y escritora, militando por una educación popular que radicara en la mujer, a través de periódicos como *La Ilustración de la Mujer* o la organización «La Estrella de los pobres». Su juventud coincide con la introducción del pensamiento de Krause por Julián Sanz del Río, que otorga un papel central a la educación

como palanca para sacar a España de su atraso, y concibe la sociedad como un complejo de esferas independientes, cada una con un papel concreto pero orientadas hacia una finalidad común bajo dirección del Estado<sup>1</sup>. En cuanto a su época de madurez creadora, corresponde con el auge de la modernización del país y con el Sexenio, iniciado con la revolución del 68, y sobre todo marcado por la introducción de la sección española de la Primera Internacional, por comunas libres (cantones) en 1873-1874, que causaron espanto como la Comuna parisina. En el manifiesto «España con honra» del pronunciamiento de septiembre de 1868 es patente esta voluntad de encauzar a las masas populares que prestaron su apoyo a la revolución, restableciendo cuanto antes un nuevo orden:

Pasado el momento de la queja y de la cólera, esas dos naturales expansiones de un pueblo por tanto tiempo oprimido, justo y necesario es también que la Nación, reconcentrándose en sí misma y prestando oído al llamamiento del Gobierno provisional, se pare a meditar con toda la calma de su razón y de su fuerza sobre las verdaderas aspiraciones y positivas necesidades que siente y está llamada a satisfacer dentro del breve plazo (Manifiesto «¡Viva España con honra! (19/09/1868).

3. Cuando se publican *Páginas para la educación popular*<sup>2</sup> (1877) y *Costumbres populares*<sup>3</sup> (1880), base de nuestra –a título personal– primera aproximación a Sofía Tartilán, España ha vuelto a la estabilidad, pero el eco de la agitación del periodo anterior persiste en las memorias. Más allá de la modernización liberal, surge otra perspectiva de modernización, la de los revolucionarios que quieren rebasar el régimen burgués.

- 1 Sobre el krausismo, AUROUX S. (dir.), *Les œuvres philosophiques*, Paris, PUF, 1992; CACHO VIU V., *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Fundación Albéniz/Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2010; DÍAZ E., *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, Debate, 1989 [1972]; FERRATER MORA J., *Diccionario de filosofía*, 1941, [<https://www.diccionariodefiliosofia.es/>]; JOBIT P., *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*, Paris, de Boccard, 1937; LISSORGUES Y. y SOBEJANO G. (coords.), *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX: idealismo, positivismo, espiritualismo*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1998; LÓPEZ-MORILLAS J. *The Krausist movement and ideological change in Spain: 1854-1874*. Cambridge: Cambridge University press, 2010. Sobre la influencia del krausismo en Sofía Tartilán, ver ARKINSTALL Christine. «Forging Progressive Futures for Spain's Women and People: Sofía Tartilán (Palencia 1829-Madrid 1888)». in *Modern Spanish Women as Agents of Change: Essays in Honor of Maryellen Bieder*, SMITH Jennifer (ed.), Nueva York: Ithaca, Bucknell University Press, 2019, p. 34-55.
- 2 En adelante *PEP*. Versión digital disponible en la Biblioteca de Castilla la Mancha.
- 3 En adelante *CP*. Disponible en la Biblioteca Digital Hispánica. Es una colección de artículos de prensa cuyas referencias se pueden encontrar en Simón Palmer (1991; 684-688). Una reedición, a cargo de José Luis Sánchez, fue publicada en 2008 por el editor madrileño Miraguano.

4. Sofía Tartilán es hija de la modernidad liberal, basada en el desarrollo de la industria, la urbanización creciente y la desaparición de costumbres tradicionales en provecho de modas efímeras e influencias foráneas (primera parte de nuestro estudio). Los textos que componen *Costumbres populares*, inicialmente publicados en la prensa, pretenden compaginar el interés de las tradiciones con los aportes de lo moderno, pero siempre en defensa de aquéllas como elemento permanente y universal, cualquiera que sea la escala considerada. En las introducciones a los cuentos de costumbres, opera la oposición de términos: «conservar», «tradición», «antepasados», «recordar», de connotación más bien laudativa *vs* «moda», «civilización», «progreso», «cosmopolitismo», de connotación opuesta, asumiendo con constancia este planteamiento:

Las costumbres forman parte de la vida moral y material de los pueblos, y ni la gran palanca del progreso, que ha removido las montañas y trastornado el mundo, ni el cosmopolitismo, cualidad que el hombre posee en alto grado, han podido borrar ese sello que distingue las razas, que da a conocer a los pueblos, que hace recordar lo que las vicisitudes de la vida y de la fortuna parecían haber alejado de la memoria: las costumbres del país.

5. Para ella, la educación es la clave de la entrada a la modernidad y del problema social, priorizando la educación de la mujer (segunda parte). Aquello no responde únicamente a una reivindicación de igualdad sino que es doble garantía: de estabilidad del núcleo familiar, luego, en tanto que célula social básica, del conjunto de la sociedad, zanja contra las revoluciones y base del desarrollo de la nación.
6. No cabe, pues, aplicar nuestras categorías actuales de género o de igualitarismo a esta autora, como ya nos advierte bien entrada la lectura de *Páginas para la educación popular*:

La verdadera utilidad no está en que la mujer sepa un oficio, del que pueda lucrarse: no es de esto de lo que nos estamos ocupando (Tartilán, 1877; 123).

Los que crean encontrar en nuestro libro las frases de efecto de que hace tiempo se abusa hasta el infinito, tales como la emancipación de la mujer, libertad absoluta, igualdad completa en los dos sexos, derechos de la mujer para intervenir directamente en los asuntos públicos y otras teorías por el estilo, debemos advertirles que se equivocan (Tartilán, 1877; 172).

7. Esta escritora encarna la contradicción de la modernidad ilustrada de cuya influencia España no escapa: el Tercer Estado tiende a emanciparse, se consagra cada vez más al individuo, se valora el poder de la razón, pero la apropiación de la riqueza por unos pocos miembros del Estado llano hace

que se desgajara un Cuarto Estado, cuyas embestidas en 1848 y 1871 hicieron vacilar a los partidarios del nuevo orden. Aunque se cantara la «oración fúnebre del socialismo» después de junio de 1848<sup>4</sup>, sigue activo el fantasma en la obra de Sofía Tartilán, quien comparte una visión ambivalente del pueblo (tercera parte), a la vez «como niño que es» y con un potencial enorme, porque el pueblo es «el único que puede realizar el ideal supremo» (1877; 28). La labor educativa que realizó iba en el sentido de una honda reforma del pueblo, ofreciéndole medios para emanciparse.

## 2. Costumbres, modernidad e historia

---

### 2.1. TESTIGA DE «UN SIGLO DE TRANSICIÓN»

8. Tartilán afirma en *Páginas para la educación popular* su interés por la historia, que debe ser la primera enseñanza dada a las mujeres, conforme con el desarrollo de la ciencia histórica como ciencia totalizadora, propia de su siglo:

Hemos comenzado por la historia, porque a nuestro entender su estudio es uno de los más necesarios, y pudiéramos decir que el único por el cual se llega fácil y desembarazadamente a todos los demás (Tartilán, 1877; 153).

9. Se sitúa a sí misma en su tiempo, «un siglo de transición» (Tartilán, 1877; 22), el del paso del Antiguo Régimen a una sociedad liberal, por eso coincidimos con la investigadora Christine Arkinstall cuando escribe que los textos de Tartilán se pueden leer como ecos de la modernización de España, bajo Isabel II y el Sexenio:

Tartilán's works [...] mirror a society in transition from a former aristocratic order informed by the static values of the Catholic Church to a capitalist world in which class mobility and demands were reshaping old structures and ways of living (Arkinstall, 2019; 37).

10. Al principio de casi todos los relatos de *Costumbres populares*, viene una frase que resume la postura ambivalente de la autora respecto a lo moderno, con las oposiciones de términos mencionadas en nuestra introducción. La modernidad viene designada como una fuerza natural todopo-

4 L. Reybaud, Voz « Socialistes, Socialisme », in *Dictionnaire de l'économie politique : contenant l'exposition des principes de la science*, COQUELIN Ch. et GUILLAUMIN, Paris, Guillaumin, 1853, t. 2.

derosa que supone un cambio en la sociabilidad y representaciones espaciotemporales:

Hoy todo ha cambiado. Las máquinas nos dan primorosas labores, hechas en un tiempo casi inapreciable por lo rápido; y no siendo necesario en las casas ni tejer, ni coser, ni hilar, o no hay *veladas*, o en las tertulias, en lugar de trabajar y contar cuentos, se juega y se murmura. [...] El progreso es un bien, y todo lo que de él emana debemos respetarlo. A cada tiempo lo suyo, y «a cada Mayo sus flores,» como dicen los viejos («La velada en Castilla La Vieja», Tartilán, 1880; 41-42)

Hoy que el cosmopolitismo lo invade todo, que las costumbres locales van desapareciendo, arrebatadas en el torbellino del *progreso*: hoy que los trajes y las lenguas se confunden, que las razas se mezclan, que los tipos se borran, que hasta las barreras, al parecer insuperables, que la naturaleza había levantado entre los diferentes pueblos del globo, caen desmoronadas bajo la poderosa mano de la civilización: en medio del placer que nos causa el contemplar los rápidos adelantos que, en todos los ramos del saber humano, van alcanzando las sociedades modernas, no podemos menos de sentir cierto pesar, cuando miramos hundirse y desaparecer usos, costumbres y cuadros sociales que estaban identificados con nuestro ser, con nuestra vida («Las casas de vecindad (de ayer)», Tartilán, 1880; 148).

11. Así, cada cuento es eco de las transformaciones de España en el siglo XIX. Lo más llamativo es la urbanización de Madrid, con «Las casas de vecindad (de ayer)» y «Las casas de vecindad (de hoy)», en las que idealiza este modelo de hábitat asociado con la solidaridad popular, mientras que ve en las nuevas casas de vecindad, «tugurios» en los que predomina el individuo, conquista del liberalismo que a su parecer tiene el envés de la insolidaridad:

Es indudablemente muy pequeño el interés que merece la pérdida que lamentamos, si se la compara con las inmensas ventajas del progreso, como es siempre muy inferior el interés particular relativamente al general. [...] El ornato público, la salubridad, el alineamiento que da regularidad, ya que no belleza, a las grandes capitales; el deseo de vivir independientes, aislados, para sentirse más dueño cada cual de sus acciones; en una palabra, el espíritu moderno ha concluido con muchas cosas, a lo menos en España, y sobre todo en Madrid. Entre esas muchas cosas que han desaparecido, se encuentra La Casa de Vecindad, objeto de estas mal trazadas líneas (Tartilán, 1880; 149).

No aseguramos que sea un mal el que La Casa de Vecindad, tal como acabamos de pintarla, haya desaparecido casi por completo; pero tampoco afirmaremos en absoluto que sea un bien. En las grandes poblaciones en donde la miseria es también muy grande, el auxilio mutuo remedia muchas necesidades y enjuga muchas lágrimas. No es posible figurarse, sin haberlo visto y estudiado detenidamente, cuan ingeniosa es la caridad del pobre para con el pobre, cómo se consuelan y animan unos a otros esos infelices artesanos, para los cuales un

día sin trabajo es un día sin pan, y una calentura tiene por perspectiva el frío lecho de un hospital (Tartilán, 1880; 158).

12. «A orillas del Manzanares» parece menosprecio de modernidad y alabanza de campestre inmundicia, como si se tratara de un espacio alejado de la civilización en lo más recóndito de Castilla. En este caso, el texto pretende ser conservatorio de usos y tradiciones matritenses:

Las sucias linfas del arenoso Manzanares, más milagrosas que las claras aguas del Jordán, limpian, hace siglos, las manchadas ropas de los habitantes de esta muy noble y muy heroica Villa, sin que ellas hayan logrado purificarse jamás; y lo prodigioso está en que el lavado hecho en tales aguas es magnífico, esplendente, y nada hay que iguale en blancura a una camisola lavada en el Manzanares entre arena é inmundicia: quizá por esto el progreso no se ha tomado la molestia de visitar este famoso río, que mereció inspirar a Góngora en sus buenos tiempos, y cuando aún se le comprendía. [...] En vano será buscar en su largo trayecto ni un solo rasgo que acuse las innovaciones del progreso (Tartilán, 1880; 28).

13. Sofía Tartilán no sólo es testiga de los cambios urbanísticos sino en la estratificación social durante este siglo de transición, cuyas consecuencias observa, otra vez, en las relaciones sociales:

La riqueza, más dividida, creó necesidades nuevas: los gremios, los comunes, el municipio y otra porción de instituciones, hijas del progreso, dieron una nueva organización a la sociedad, y de todas ellas nació la clase media, cambiando casi por completo la manera de ser de la vida íntima. La independencia individual redujo las viviendas («Las glorias de Castilla», Tartilán, 1880; 109)

14. Tales cambios sociales se traducen en las modas, a las que ha dedicado unos cuantos artículos y que no desprecia, pero que interpreta a la luz de la individualización creciente de los ciudadanos y de las ciudadanas, como en el caso del hábitat colectivo:

La libertad individual, ganando el terreno palmo a palmo, en conformidad con las leyes del progreso, empezaba a iniciarse, y confundidas ya algún tanto las clases, se confundían también los trajes y las costumbres («Los mantos», Tartilán, 1880; 187).

La Revolución francesa, que bien pudiera llamarse universal, modificó con su influencia, no sólo la Constitución política de muchos pueblos, sino los usos, trajes y costumbres («Los mantos», Tartilán, 1880; 189).

15. Si bien Madrid no es el lugar de la totalidad de los cuentos recogidos en *Costumbres populares*, cada vez que describe sus transformaciones, en materia de urbanismo, de distribución de las clases sociales, de modas, Sofía Tartilán insiste en el tipo de nuevas relaciones que entraña entre sus

componentes, marcado por el individualismo insolidario. En provincias más alejadas busca la pervivencia de tradiciones y costumbres intactas.

## 2.2. COSTUMBRES Y CARÁCTER NACIONAL O DE LA PATRIA CHICA

16. La literatura de costumbres rescata elementos del folclore nacional o regional. Sofía Tartilán se inscribe en la vena costumbrista, al reivindicar la especificidad de España o de determinada zona, especialmente Castilla la Vieja, en «La velada en Castilla la Vieja», «Las glorias de Castilla» y este cuento:

Existe en el carácter castellano algo que es refractario a las innovaciones, si estas han de atacar a sus hábitos; y por más que sea triste decirlo, las conquistas del progreso son harto lentas en esa rica porción de España, porque el amor a las costumbres se sobrepone en sus honrados habitantes a toda otra clase de amores («Las medias azules», Tartilán, 1880; 7-8).

17. El cuento costumbrista valora expresiones de la lengua castellana, como en «El tiovivo», que cuenta la leyenda de un supuesto muerto de la epidemia de cólera de 1834 que resultó vivo o de «estar en la gloria» con «Las glorias de Castilla», cuyo título no remite a las grandes figuras históricas sino a las estancias de recibimiento, más cómodas que el resto de la casa.

18. El cuento oral forma parte de la tradición nacional, por lo que defiende el papel del narrador a la antigua usanza:

Los cuentos bien escritos primero, y los medianamente escritos después, han venido a desterrar de entre nosotros al narrador: este es un síntoma de civilización, del cual nos congratulamos sinceramente; pero desearíamos que todos los que escriben cuentos populares, poseyeran ese don especial de que se hallaron dotados los autores que antes hemos citado, para que el resultado fuera plenamente satisfactorio. Ahora volvamos a nuestro plan primitivo («El Narrador», Tartilán, 1880; 220-221).

19. Para la autora, queda claro que el progreso es imparabile y necesario, pero siempre busca conservar algo permanente en remotas solidaridades sociales o costumbres de los pueblos. Y la vía de entrada a esta modernidad es la educación, de las mujeres y de las clases populares para que puedan acceder a la verdadera soberanía que defendiera Rousseau en su *Contrato social*, del que es deudora.

### 3. Modernidad y educación

---

20. La inconsecuencia del liberalismo burgués recordada por Rosa Capel, citada en nuestra introducción, se traduce en su *Páginas para la educación popular* en estas palabras: la mujer «no ha llegado todavía, sin embargo, a ocupar el puesto que de derecho le corresponde en el concierto humano» (Tartilán, 1877; 10). Éstas dos últimas palabras pertenecen al vocabulario krausista, que asigna a cada esfera una determinada función. La mujer es importante por su papel en la familia, «eje sobre el cual giran todos los organismos sociales y base de la moral y de las costumbres en todos los tiempos y muy particularmente en los actuales» (Tartilán, 1877; 10). Como decíamos antes, no se trata para Tartilán de defender la independencia completa de la mujer sino de ofrecerle los medios de fortalecer el núcleo de la sociedad, «para ponerla en condiciones ventajosas de llenar con provecho tan augusta y santa misión» (Tartilán, 1877; 10).
21. Como directora de *La Ilustración de la mujer*, defiende la educación gratuita para niños pobres, como condición de entrada en un mundo de progreso, agente de regeneración social (esta palabra aparece en varias ocasiones). El año de la publicación de *Páginas para la educación popular*, 1877, el 51,8% de los varones y el 38,3% de las niñas están escolarizadas en primaria; el 50% de los varones y el 24% de las mujeres está alfabetizado (Carreras y Tafunell, 2005; 215, 231). La desigualdad es, pues, patente.
22. Se rebela contra el prejuicio relativo a la inferioridad de la mujer que condiciona la pobre educación que se le brinda, y que es a sus ojos un límite al progreso de las naciones y a la paz doméstica y pública:
- Ahora bien; este sistema, ¿es la expresión del orgullo basado en la creencia de que el hombre es en realidad superior a la mujer en dotes intelectuales, o es la más miserable de las cobardías, el egoísmo más refinado que les impele a mantener en la ignorancia a la mujer, por miedo a que de otro modo no pudiera ser dominada?
- A cualquiera de estas causas que obedezca la mala educación que siempre se ha dado a la mujer, el resultado es el mismo. Ahondar el abismo en que han venido a derrumbarse la paz de los pueblos, los adelantos del progreso humano y la felicidad de la familia y de las sociedades (Tartilán, 1877; 163).
23. Como su antecesora Josefa Amar y Borbón, se opone a la actual educación de la mujer que promueve, en lo moral, la hipocresía por enseñar temprano a esconder los defectos so capa de pudor (*PEP*; 107); en lo social, la única y última finalidad del matrimonio; en lo religioso, una devoción



beata, aprendida de memoria, en vez de una fe verdadera y una capacidad autónoma de discernir el bien del mal. Su libro no es para nada antirreligioso. Primero porque reconoce al cristianismo evangélico como emancipador de la mujer contra las costumbres paganas: «la emancipación de la mujer, proclamada por las doctrinas del Evangelio» (Tartilán, 1877; 96). Segundo porque, tanto en sus relatos costumbristas como en este volumen, cree en la necesidad de una trascendencia:

Podrá haber pueblos sin artes, sin literatura, sin diplomacia, ni civilización; pueblos que desconozcan por completo todas las delicadezas de la sociedad culta, todos los refinamientos del lujo, todos los adelantos del progreso; pero no hay, de seguro, ninguno, por remota que sea la zona en que se encuentre situado, por grande, por supina que sea su ignorancia, por desconocidos que le sean los beneficios de la civilización, que no tenga estas dos cosas: *Religión y costumbres* (Tartilán, 1880; 1).

24. Como Teresa Claramunt, defiende la independencia de criterio en la mujer: «¿por qué no se ha de permitir que la joven tenga ideas propias, y sobre todo que las emita?» (Tartilán, 1877; 107). Limitarse a clases de adorno, religión, habilidades sociales y gestión de la casa rebaja la misma función natural de la maternidad (Tartilán, 1877; 109). El ideal femenino es «ser religiosa sin fanatismo, virtuosa sin gazmoñería y buena sin hipocresía ni disimulo» (Tartilán, 1877; 181), si bien no renuncia a la frivolidad, con tal de que no sea en perjuicio del ejercicio de la razón:

No es una revista de modas lo que vamos a escribir, y por más que hablemos de trajes, nuestro pensamiento, al tomar la pluma, está ciertamente muy lejos de las futilidades y caprichos del tocador. Somos mujeres, y mujeres ¿a qué negarlo? con todas las debilidades de nuestro sexo, a las que por nada ni por nadie renunciaríamos, aun cuando estuviera en nuestra mano el hacerlo. Somos mujeres, y como a tales, nos agrada el agradar a los demás; hacemos y hemos hecho siempre todo lo posible por parecer bien, rindiendo culto a la moda, y pasando algunas horas delante del espejo; pero hay, sin embargo, un punto del tocador en el que no estamos conformes con la regla general que se sigue: este punto es el luto («El luto», Tartilán, 1880; 211).

25. Si bien en mi introducción he advertido que no se aplicaban las categorías actuales, pues cuando Sofía Tartilán afirma que la niña debe ser educada por una mujer, parece establecer un principio de *non-mixité avant la lettre*:

Al inmiscuirse los hombres en la educación femenina necesariamente tienen que imprimirla algo heterogéneo, algo extraño en la manera de ser de la niña o de la joven.

Para llegar hasta el alma de la niña, el hombre hallará dificultades casi insuperables, porque cerrado el espíritu a las confidencias y a las investigaciones de

un ser que le es extraño, se repliega y solo ofrece nebulosidades y misterios (Tartilán, 1877; 134).

26. Con la condición de apartar de las lecturas tanto los milagros religiosos («guerra constante y sin tregua», Tartilán, 1877; 57) como la prosa revolucionaria, está a favor de valerse de todos los soportes para que el progreso alcance las clases populares:

No es comprensión, no es aptitud lo que nos falta para aprender, para educarnos e instruirnos, es un buen método de enseñanza, son libros, romances, canciones, manuales, pequeños compendios históricos, narraciones sencillas de hechos grandes, al par que interesantes; saber, en una palabra, estimular en el pueblo el deseo de estudiar, de discutir y analizar, único medio de que la luz ilumine su cerebro (Tartilán, 1877; 40)

27. Supone el pueblo capaz de aprender todas las materias, desde las elementales hasta la solución de los más complejos problemas sociales, y dotado de la primera calidad del individuo, la razón: «las ideas que tienen por cimiento una razón clara podrán ser menos entusiastas, pero son más firmes» (Tartilán, 1877; 68)

28. Las ideas educativas de Sofía Tartilán coinciden con y hasta rebasan las que se ponen en práctica en la escuela pública francesa a partir de 1881: escuela pública, gratuita, sin distinción de sexos. Especial énfasis se ha de poner en las mujeres, para que sean pilares de las familias y contribuidoras a la regeneración social, así como a los niños de las clases populares, con vistas a capacitar a los futuros hombres y futuras mujeres a asumir su papel histórico. Si bien pudo, como cualquiera, asustarse ante los desbordamientos populares del Sexenio, Sofía Tartilán pretende elevar a los miembros de los estratos más bajos, inscribiéndose en la dinámica de todas las grandes corrientes de emancipación.

#### **4. Encauzar al pueblo en vez de ponerle diques**

---

29. Cuando escribe que «la educación popular, la instrucción de las multitudes, la ilustración del mayor número, es la primera y más esencial obligación de los gobiernos» (Tartilán, 1877; 8), Sofía Tartilán se hace el eco de Adam Smith cuando en *La riqueza de las naciones* (1776) afirmaba que un pueblo bruto tiende a rebelarse, amenazando el orden social, por lo que al Estado le correspondía asumir la instrucción y educación básicas porque:

Cuando más instruida está la gente menos engañada está por los espejismos del fanatismo y la superstición, que con frecuencia dan lugar a terribles perturbaciones entre las naciones ignorantes (Smith, 1996 [1776]; 721).

30. Con la Revolución Francesa surge una contradicción: cómo hacer que los afanes de emancipación no desborden los cauces del nuevo orden social liberal y burgués. Cuando Sofía Tartilán publica el libro *Páginas para la educación popular*, estamos en 1877, poco después del Sexenio:

De sobra sabemos que por alguien se nos objetará que el problema de la emancipación material del cuarto estado, el problema del proletariado, como otros dicen, es de más urgente resolución, por los gravísimos peligros que entraña, por las terribles consecuencias que en la actualidad produce; por las pavorosas sombras que acumula en los horizontes del porvenir, perturbando de continuo el presente, y siendo perpetua amenaza de todo lo que se funda en beneficio y provecho de las otras clases sociales (Tartilán, 1877; 6).

31. Este libro, si bien trata ante todo de la educación, toma como punto de partida el problema social:

[que la] sociedad recobre su perdido asiento, mejorando la condición moral y material de las muchedumbres, al gobernar los pueblos con los sistemas y doctrinas que más conformes se hallan con la naturaleza humana y la razón filosófica de nuestros tiempos: la educación popular (Tartilán, 1877; 5).

32. Se compara al pueblo sublevado, conforme con las analogías en boga desde puntos de vista conservadores como una fuerza natural: fermentación, espumosas corrientes [que] lo invaden todo. Pero más allá del conservadurismo, pretende dar al pueblo medios de asumir su papel en la historia:

Ya sea para gobernar, ya sea para ser gobernado, la primera condición necesaria es la inteligencia cultivada y el espíritu acostumbrado a la luz, porque de lo contrario, como gobernante, el pueblo, sería un amo estúpido, brutal y déspota; y como gobernado, una masa inconsciente, buena apenas para máquina de guerra o para comparsa de una comedia indigna (Tartilán, 1877; 21).

Los males de la madre patria deben interesar a todos sus hijos, pero de esto a la injerencia en política de seres ignorantes, nos parece que hay un abismo (Tartilán, 1877; 34).

33. Critica el abuso de la censura bajo Isabel II y el Sexenio, pero defiende la de los libros de influencias revolucionarias, que designa de manera despectiva:

Apenas los jóvenes sabían juntar algunas silabas, cuando, sin comprender su sentido, se servían de ellas para descifrar el contenido de las columnas de un periódico, dando las más veces donosas y peregrinas interpretaciones a las ideas allí emitidas (Tartilán, 1877; 33).

No puede ser obra de un día, ni ha de conseguirse solo por medio de grandes teorías expuestas en los libros o en los periódicos doctrinales y políticos (Tartilán, 1877; 68).

34. Posteriormente, en *Costumbres Populares*, itera su rechazo a las teorías revolucionarias o reformistas designándolas con la perífrasis usual de «quiméricas utopías»:

No declamaciones, no la pintura de quiméricas utopías es lo que el pueblo necesita, sino hechos prácticos, enseñanzas provechosas, luz que disipe sus tinieblas, instrucción que le ponga al abrigo de las pasiones bastardas y le saque de la abyección en que hoy gime, del fango en que hoy se revuelca («Las casas de vecindad (de hoy)», in Tartilán, 1880; 161).

35. Para ella, la represión violenta no sirve. En la España de entonces, el recuerdo del aplastamiento de los cantones por el gobierno republicano y por Martínez Campos, o la prohibición de la I.<sup>a</sup> Internacional, son ilustraciones de ello. Echando mano de la consabida analogía de la torrencial fuerza popular, pero propone «ahondar su cauce y limpiar el lecho» en vez de «oponerle diques» (Tartilán, 1877; 65). La educación popular es, pues, la solución del problema social, al revés de los que dicen en la misma época los teóricos socialistas o anarquistas. «La educación del pueblo, que ha sido siempre una necesidad, lo es hoy más imperiosa que nunca» (Tartilán, 1877; 65). Prosigue:

No solo asentamos que la extinción de la ignorancia debe preceder a la de la miseria, sino que consideramos ésta completamente imposible sin la realización de aquella, porque mal podrá ejercitar sus derechos y cumplir sus deberes en un estado social que haya resuelto el problema de la miseria, con arreglo a la justicia, aquellos pueblos o individuos que no posean la instrucción e ilustración necesarias para comprender y amar las altas definiciones de esa misma justicia; ciencia la más difícil de la tierra, según afirma Quintiliano (Tartilán, 1877; 7).

36. Al pueblo se le ve como la «palanca», pero de momento es niño: «el pueblo necesita ser educado como niño que es, con dulzura» (Tartilán, 1877; 21); «es más susceptible de recibir las impresiones y dejarse dominar por ellas» (Tartilán, 1877; 30). A la vez que cabe apoyarse en su «desarrolladísimo instinto de asociación» (Tartilán, 1877; 40), urge extirpar la religiosidad de milagros (Tartilán, 1877; 41). La ambivalencia de Tartilán se observa en estas palabras aparentemente contradictorias con lo anteriormente citado. El pueblo «es el único que puede realizar el ideal supremo» (Tartilán, 1877; 28):

el pueblo que trabaja; el pueblo que es la savia vivificadora de la sociedad, la sangre que la (sic) da vida, el brazo que lleva a cabo los adelantos del progreso, la gran palanca que mueve el mundo y le hace marchar (Tartilán, 1877; 58).

que asegura, a su entender, el vínculo entre pasado y porvenir, evita el derrumbamiento de las antiguas instituciones, por lo que se le debe dar «educación y perfeccionamiento para pagar de algún modo sus sacrificios» (Tartilán, 1877; 58), para que triunfe, caminando por el plano inclinado:

Llegará un día en que el pueblo sea rey. El porvenir es suyo, y es necesario que preparemos [...] un rey sabio, prudente, justo y benigno, que haga felices a sus vasallos. Un señor que sepa hacerse amar de sus súbditos; un padre que procure y realice la dicha de sus hijos (Tartilán, 1877; 61).

## Conclusiones

---

37. No obstante las ambivalencias entre, por una parte, la valoración del progreso y el deseo de conservar las tradiciones seculares proveedoras de sociabilidades y, por otra, el afán por elevar el pueblo y en especial las mujeres y el recelo ante las explosiones revolucionarias, Sofía Tartilán participa de este movimiento ascendente de emancipación de la mujer y de las clases populares, a tono con el institucionismo y las corrientes educativas en toda Europa. Se la puede situar en el progresismo de la Ilustración liberal más avanzada y consecuente, lo que no impide el interés por mantener hitos que eviten el desorden completo. A pesar de su éxito e influencia en vida, sigue sin haber suscitado la vocación de un investigador o de una investigadora doctoral. Su obra da para ello.

## Bibliografía

---

ARKINSTALL Christine, «Forging Progressive Futures for Spain's Women and People: Sofía Tartilán (Palencia 1829-Madrid 1888)», in SMITH J. (ed.). *Modern Spanish Women as Agents of Change: Essays in Honor of Maryellen Bieder*. Nueva York: Ithaca, Bucknell University Press, 2019, p. 34-55.

BOTREL Jean-François, «Ardientes mujeres: escritoras y poetisas en cajas de cerillas», in *La otra Edad de Plata. Temas, géneros y creadores (1898-1936)*, BORDONADA Ángela Ena (ed.), Madrid, Editorial Universidad Complutense, 2013, p. 21-47.

CAPEL Rosa, «Mujer y socialismo (1848-1939)», *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, nº 7, 2008, p. 101-122.

CARRERAS Albert y TAFUNELL Xavier (coord.), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Bilbao, Fundacion BBVA, 2005.

CASAS-DELGADO Inmaculada, «Los albores de la emancipación femenina. Escritoras en la prensa del Sexenio Democrático», *El Argonauta español*, nº 15, 2018.

CRIADO Y DOMÍNGUEZ Juan Pedro, «Tartilán (Doña Sofía)», in *Literatas españolas del siglo XIX. Apuntes bibliográficos*, p. 156-158. [s.l.]: [s.n.], Madrid, Imp. de Antonio Pérez Dubrull, 1889.

ETIENVRE Françoise (dir.), *Regards sur les Espagnoles créatrices*, Paris, PSN, 2017 [2006]. <https://books.openedition.org/psn/1045>

FERNÁNDEZ Pura, «“Conociendo yo, caballero, lo mucho que vale su nombre y lo poco conocido que es el mío”: cartas de Matilde Cherner a Francisco Asenjo Barbieri (1877-1879)», *Siglo diecinueve*, v. 16, 2010. Valladolid, Universitas Castellae, 1995.

GARCÍA COLMENARES Carmen y José Luis, «Sofía Tartilán: Autobiografía de una educadora desconocida», in *Mujer y educación en España. 1868-1975, VI Coloquio de Historia de la Educación*, 1990, p. 153-160.

NIETO BEDOYA Margarita, «El pensamiento educativo de Sofía Tartilán», in *Mujer y educación en España. 1868-1975: VI Coloquio de Historia de la Educación*, p. 254-260.

OSSORIO Y BERNARD Manuel, «Tartilán (Sofía)», *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Hemeroteca Municipal, 2004.

M. PELOILLE, «Sofía Tartilán, el progreso por etapas»

PARADA Diego Ignacio, «Sofía Tartilán», *Escritoras y eruditas españolas*, Tomo I, Madrid, Estab. Tip. de M. Minuesa, 1881.

SIMÓN PALMER Carmen, «Tartilán, Sofía», in *Diccionario biográfico español*, vol. XLVII, Madrid, Real Academia de la Historia, D.L. 2009-2013, p. 644-645.

\_\_\_\_\_, «Tartilán, Sofía», in *Escritoras españolas del siglo XIX*, Madrid, Castalia, 1991 p. 684-688.

SMITH Adam, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1996 [1776].

SMITH Jennifer (ed.). *Modern Spanish Women as Agents of Change: Essays in Honor of Maryellen Bieder*. Rutgers University Press, 2018.

TARTILÁN Sofía, *Páginas para la educación popular*, Madrid, Imprenta Enrique Vicente, 1877.

\_\_\_\_\_, *Costumbres populares: colección de cuadros tomados del natural*, Madrid, Imprenta Minuesa, 1880.

TARTILÁN Sofía, *Legado y biografía* [consulta: 10-02-2022] <https://tinyurl.com/3dvtybfj>

*Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, vol. 59, Madrid, Espasa-Calpe, 2005, p. 818.